

El sueño de las larvas



Erika Mergruen



El sueño de las larvas

Erika Mergruen



Leer y Escribir, S. C.
México, 2005

© 2006, Erika Mergruen

© de las características de la primera edición, 2006
Leer y Escribir, S. C.
Insurgentes Sur 753-9A, Col. Nápoles
03810 México, D. F.

Ilustración de la cubierta: San Rafael en un libro de horas
italiano, s. XV.

ISBN: 968-5766-13-4

Impreso y hecho en México

Canto de la oruga

No existes, nunca serás, ha dicho
el mundo, una porción pequeña
del dulce y terreno mundo. Y han volado
pájaros y centellas y cantos
de medianoche repiten sus oraciones
breves. No existes. Nunca
serás. A la orilla de los caminos
una flor se deshace. Es blanca, es
roja y tiene pétalos largos.
Ven. Nadie se da la mano.
Hay un lago sin sombras en el oriente
frío. El calor lo abandona.
Dame la mano, tú, humedad de la tierra,
sierpe, oruga, cizaña.
Nadie me ve ni me oye.
Sé que no existo. Nunca
seré. Todo estaba previsto.

RAÚL NAVARRETE,
EN *MEMORIA DE LA ESPECIE*

EL SUEÑO
DE LAS LARVAS
[•]

Primero

Nosotros, los blandos,
escurrimos entre los rostros que han enmudecido bajo tierra,
entre la carne hinchada por viejos asombros
nosotros, la viscosidad del espanto,
escurrimos,
porque nada ha de permanecer y todo vestigio
viajará en nuestros cuerpos para ser diseminado bajo tierra:
trozos en los túneles, trozos ígneos,
trozos en la raíz más profunda.

(¿Y la voz?)

¿Quién posee la voz nunca escuchada?

Escuchad:

La voz de los muertos es el sueño de las larvas.

Memento mori

Está tu nombre, frágil, escrito sobre las piedras.
El viento hará lo suyo. Y la lluvia
y los ácaros perpetuos buscadores de refugio.
Está tu nombre, vano afán sobre las piedras,
aquel que imaginaba epítetos mientras ignoraba
el misterio crujiente de la hoja bajo la suela.
De perfil, observabas a los insulsos
y con mayúsculas te trazabas sobre las marquesinas.

Tu nombre, frágil, ya no será.
Ahora toca nuestro turno para crear
el hilo invisible que zurza tus párpados.
Duerme, el más amado de los rostros,
que la inmortalidad es ciego gusano.

Ya en sueños hemos devorado tus labios
para dibujar la Blanca Mueca, hartos de tu silencio.

Sonríe: algunos mastican
mientras otros duermen sobre tu lengua.

Los gusanos viejos

Están los gusanos viejos que han escurrido entre túmulos,
entre mármoles grabados y entre tierras
anteriores al camposanto.

Tan viejos los gusanos: no más humedad en sus cuerpos,
nunca más la voracidad que aguarda el paso del tiempo
para poseer los tímpanos sordos del sueño más helado.
Tan sabios, tan viejos. Se retuercen
para contar las leyendas que sacian su sequía.

[primera leyenda de los nichos]

Cuentan los ancianos que han visto cuerpos
con oquedades en el esternón,
de ellos nadie ha de comer porque su carne es amarga:
su hiel corrompe, licua, y a su paso las raíces escapan
y los árboles caen horrorizados sobre una superficie nunca
[vista.

[segunda leyenda de los nichos]

Está el Castillo de la Inmolación
que se erige en los cuatro puntos cardinales,
ahí el fuego aúlla y el hambre de la purificación nunca se
[sacia.

Ahí los cuerpos aguardan su turno para convertirse en
[ángeles:

el fuego mece los cuerpos
—que él todo lo transforma—
y los eleva hasta altísimas chimeneas

donde emprenden su primer vuelo.
(Los ángeles, dicen los viejos, sólo son polvo.)

[tercera leyenda de los nichos]

Hablan los viejos de ríos que sólo arrastran sedimentos.
Sobre ellos revolotean los nombres que nadie reclama
y el eco del latido sin cuerpo.
Son los ríos de miel negra, innavegables,
donde el sueño no flota,
no se ahoga
ni tampoco duerme a la deriva.
Y dicen que el viajero no deberá detenerse frente a ellos
ni buscar reflejos en su superficie. Ha de reptar por la
[ribera
sin comer lo que ella ofrece y en cuestión de días o de
[noches o de vidas
asomará el puente construido con los cantos de los mudos
y el espejismo de los ciegos.

[cuarta leyenda de los nichos]

Escurrimos. A los subterráneos llegan los secretos
que nadie nombra sobre la tierra,
aquellos que horadan los huesos para perderse en la
[médula.
Dicen los viejos que entre nosotros
se arrastra el elegido
que reconocerá el aroma del deseo:
reptará hasta encontrar el camino al acetábulo izquierdo
donde se oculta la piedra azul.

El elegido ha de tragarla para escuchar los latidos
que narran los secretos de los-que-duermen-siempre.

[quinta leyenda de los nichos]

Cuentan los gusanos viejos que el aire nunca es suficiente.
Sobre la superficie imaginada deambulan los Carcomidos:
en ellos el agua es osario de burbujas.

Los Carcomidos se duelen del aire
y buscan la tina, el pozo, el río y el mar
donde los erizos devoran estrellas.

Los Carcomidos no conocen la palabra Adiós.
Escapan.
Y sólo regresan, preñados por el agua,
para dormir en los nichos.

Y están los Otros, aquellos gusanos que barrenan el
antes de que duermas a nuestro lado. Invisibles, [espíritu
sobreviven del calor pospuesto,
de la voz que calla
y del torpe dolor de las ausencias.
Los Otros no conocerán tu sonrisa blanca,
mas saborean la sal de tus párpados nublados por el
[insomnio.
Cuentan los ancianos que de ellos nacen los dos-veces-muertos.

Canción de cuna

...Alguien llama. Quietos.
La inmovilidad es el ritmo del miedo.
(¿Quién osaría violar tu último refugio?).
Quietos. Alguien llama.
Arrastra.
Dibuja fisuras sobre tu morada.
Quietos.
(Una raíz nos ha regalado una ventana).

La madera cruje nanas, nos mecemos en tu vientre,
embriones imposibles,
para gestar la blancura de tus huesos.

(Toda maternidad es apacible.)

Olvidas tus ojos
—no habrá más espejos, madre nuestra—
y abres tus cuencas a la inmensidad.
¿Escuchas?
En el río subterráneo tus deseos sobre naos de papel:
las manos-niñas pliegan, acarician y embarcan tus palabras.
Escucha, madre nuestra:
en el río besamos tus párpados para rescribir tu nombre.

La muerte niña

Bajo tierra están el dulzor de los cuerpos
y la boca que cesa para que el canto sea inextinguible.
En los estratos dormitan los niños de los cuentos,
sus risas flotan y emergen: fuegos fatuos que iluminan
las alas de granito de una estatua sin plegarias.
El nicho más pequeño es el pensamiento azucarado
que nada entiende de palabras. Ahí los caracoles
se deslizan en las cuencas para hechizar
con tornasoles los ojos-lianas de nuestra historia.

Duerme, niño, que está la puerta abierta
y tras ella el camino de piedras azules
que arrojan los locos sin voz.
Anda y ve sobre el sendero
custodiado por árboles de vidrio
con sus frutos que rebanan los dedos
para no tocarte nunca,
duerme, niño, que ellos son marea
y narran las historias del polvo
y del polvo las estrellas escondidas
en los ojos de un lagarto, duerme,
niño, que la puerta se ha cerrado
y en el cuarto escurre el vacío
para no tocarte nunca, para nombrarte
siempre.

Migración

Cruje tu guarida, nadie se alimenta de la blancura.
Los últimos se resguardan en los jirones de tu ropa.
Migración.

Mañana partiremos a seguir el rastro por los túneles
de las catedrales subterráneas, allá, donde otros fluidos
[hierven.
Nada queda de tu laberinto oído, ¿cómo sabrás de nuestra
[partida?

Ya no el viento y sus alfileres en tu rostro,
nunca más el agua que acogía peces imaginarios
en la curvatura de tus retinas.
Extinto está el fuego de tu canto y del erizo que rodaba sobre
[tu vientre.

Sólo la tierra, cielo subterráneo, donde tu historia
será contada por seres sin lengua.

Fermento. Corrupción.

En la zanja juegan los hijos tan blandos como sus padres,
tan ciegos como sus madres, contráctiles, pequeños
pero ya escurridizos
juegan a blanquear falanges.
No te engañes, duerme siempre,
bajo tierra no existen los gusanos de luz.

El-que-sueña-cuevas

Escurrimos.

¿quién conoce el eco sordo de la piedra despeñada en el
[abismo?

¿quién el roce húmedo de aquellos que poseen?

El-que-sueña-cuevas dibuja estrellas en su nicho
para olvidar el ardor del aire en los pulmones.
Y guarda sus secretos, allá,
donde los azules rupestres vigilan.

¿Quién devora la mortaja para develar el secreto del-que-
[sueña?

¿Quién sacia la sed con la noche sin luna de sus venas?

En las calles él nombraba la palabra d/e/s/e/o
y los caracoles al escucharla trazaban senderos iridiscentes
para que él no olvidara.

En las noches murmuraba la palabra m/i/e/d/o
y con ella las polillas se tatuaban ojos en las alas
para que él poseyera su reflejo.

No hay horror en el gesto que sólo agradece la liberación
[de la carne
y sus condenas. Mueca amorosa, comunión con la tierra.
Sueñan los gusanos con la palabra nunca nombrada por tu
[saliva,

sueñan y escarban para probar el beso-helado:
buscan la piedra azul de las leyendas.

Bajo nuestra tierra
nada pueden los monstruos que habitaban tus días.
No poseen la palabra ni el fósil
ni la espiral del caracol que los guíe a nublar tu sueño
[perpetuo.

Duerme, el más azul de los besados,
que hemos de velar tu nicho, cómplice de nuestros cuerpos,
con nanas de gusanos que ahora conocen el designio.
Duerme, que después de la piedra-deseo
devoraremos tus labios.

El elegido

Murmuran.

Un loco busca el camino a la superficie:
habla de soles que escurren sobre los vidrios
de peces que se estrellan en las nubes
de sales que se acumulan en los poros
y en las lenguas que gustan
que lamen
que aguardan.

El loco se enrosca y se sueña infinito:

la cueva no tiene frontera

la cuenca no tiene filo

la piedra se mastica

la hiedra se incendia.

Nadie ha de buscar respuesta que la locura es agua
que se eleva y habla agujas-hilos que penetran en la tierra
y se filtran
y fluyen
y condensan en piedras azules.

Habla el elegido

He devorado la piedra encontrada en la oquedad
como aquél que bebe la última gota en el desierto
para oírla sisear en la garganta del fuego.

Late piedra azul:

Te veo vagar por calles imaginarias
la mirada clavada en la acera
y tu asombro-niño atento
para descubrir la moneda sin rostro
que custodia el atado de tu bolsillo izquierdo.
Escucho tu voz verdadera
que no la silente del subterráneo: voz azucarada,
arrullo de la sierpe, estigma del deseo.

He devorado la piedra azul que guardaba tus secretos,
traspaso el umbral de los locos que no te olvidan
y buscan en el fango-cuna de crustáceos,
y duermen en las valvas de una ostra enferma
y sueñan en las bóvedas, y por siempre son espejismo
bajo los párpados que jamás se abren.

Ofelia y los gusanos

Oímos su canto, arrullo de lirios.
El agua siempre encuentra cabida
en los arrecifes imaginarios del mármol.

¿Quién conoce el sabor de la sirena?

Partimos hacia el fango que inunda su garganta.
Oímos su canto, sirena desgajada.

[•]

Existe un pozo en la garganta
de la que anduvo descalza hasta desollarse:
borbotones que nombran, que suspiran oleajes,
silente cascada que no olvida al dueño del silencio.

Escurrimos, nosotros, los señores del estrato,
para beber tus palabras-escamas entre lirios:
Canta, Ofelia, la que rima entre las torres,
la del sino en la pecera,
la escupida por el hombre.

Nadamos en el agua ultrajada por el loco
que veía fantasmas en una luna de cartón.
Tocan, tocan a la puerta, Ofelia:
el loco desgarrá sus yemas hambriento de tus labios
que ahora han de ser nuestros. Ser o no ser
tu amante perpetuo, que ahora tu verdor
ha de ser nuestro.

Escurrimos por tus venas, amante hinchada:
Somos peces ciegos que sueñan branquias
en el pulmón reventado de Ofelia,
la más tibia, el más hermoso de los ahogados.

Habla Ofelia

Para poseer tu nombre y escupirlo
he caminado fango, ahí donde las ranas
son princesas vírgenes
que paren renacuajos de obsidiana.
La locura escurre en los espejos
y reverbera en los cantos de las piedras,
para poseer tu nombre y escupirlo
he inundado mis pulmones con lirios
sin escamas, con peces sin branquias,
ahí donde el agua es el vientre
de la sonrisa más blanca.

El poseso jamás será el amo del castillo,
no hay olvido en los lagos,
que toda leyenda es sólo la legaña de un bufón.

Para poseer tu nombre
y escupirlo, mastico pequeños crustáceos
que crujen y laceran mi lengua.
El sueño más verde
fluye de la garganta del ahogado
y sigue a los guijarros río arriba,
allá, donde el mar dibuja ballenas
con granos de sal.

Migración II

Migración. Partimos lejos del agua,
nosotros, brevedad de la tierra, bocas voraces
que ensombrecen las siluetas finitas de la superficie.
Hemos deseado nadar por siempre en su garganta
¿quién no ama las burbujas de su canto?
¿quién no ama los peces anaranjados de su lengua?

Mas los ahogados escurren a perpetuidad.
Tanta es el agua devorada que sus huellas
son lagos anegados en los caminos.
No encontrarán descanso, el agua no conoce
la nana de la tierra. Azules caminan
y aúllan estelas de vaho.
Nadie ha de verlos a los ojos
que en ellos guardan aljibes donde croa el espanto
de todo el desamor.

Despedida

Nadie repara en la brevedad del gusano
ni en su cuerpo tatuado de anillos
que intentan la espiral del infinito.

Bastaría posarlo en la mano
para escuchar el suspiro de la tierra
el agua del subterráneo
y el sol que nunca brilla en sus cuevas.

Sueñan los gusanos con la tibieza
mientras la tierra mece cuerpos:
nanas los cipreses que se elevan
y dibujan redes-sombras en el granito.

Te meceríamos en nuestros brazos
mas los gusanos somos jirones, apéndices del fósil,
madeja inevitable que duerme en las cuencas del suicida
del amado
del azul
del silente
del triste nombre que se extingue en la pátina del mármol.

Te cantaríamos la nana que el topo
compondría si sus ojos fuesen luz de tus ojos
de tus labios
del azúcar que se disuelve en las lágrimas
de aquellos que nunca serán vistos.

Pero escucha,
los viejos cuentan sus historias

y por una noche la sombra no vendrá
con su espanto de obsidiana
ni su silbido atroz de luna.
Ellos hablan. Escucha.

EN LAS PAREDES TODOS
DUERMEN

[••]

La escalera

Ascender,
la mirada repta los peldaños,
movimiento prolongado
—el eco de los pasos lo sostiene—.

La mano recorre el barandal
suave lomo desnudo.
El titubeo se queda en el descanso,
niño que espía
tras la balaustrada agorera.

Ascenso en espiral,
el cansancio
fragmenta
los pulmones.

La oquedad entona
su canción de cuna,
abajo nada duerme.

El tambor

Los ojos espían nuestro andar,
el redoble acompaña al aliento
y las sienes que revientan.

Pequeños,
mordemos la hojalata
del tambor imaginado,
temerosos de los designios
que alguien escribe
sobre un pupitre de polillas.

Las manos-baquetas
vuelan sobre la piel,
redoble que gotea
en nuestro sueño.

Murmuras:
miedo, nadie escucha
tu impúdico rubor.

Las jaras

Saeta,
hiere al adivino
que escande las palabras
cifradas en la piedra,
recorre y perturba
el paso migratorio
de otras aves,
rasga las entrañas
que escurren
el final de las historias.

Vibra, emisario,
forjador de gastados amuletos.
Los oráculos olvidan
el sabor del enebro.

La campana

El verde de la tierra
se corrompe en los crisoles:

Arriba en el campanario
 los metales se pavonean.
 Abajo los clanes aguardan
 prestos a levantar los puños.

Bocas abiertas tañen,
 los falsarios
 se columpian
 en los badajos.

La historia rompe los sellos,
Tierra de nadie
y por nadie prometida.
Aún resta una última aleación.

Repiqueteo.
 Los niños desgajados.

La botella

Para crear el refugio del mosto
seremos botellero
que inflama los minerales,
desholleja los labios,
decanta el nombre del otro,
su fermento y su saliva.

Sobre el estante
la botella aguarda.

El paraguas

El cielo carraspea,
borbotón de alcantarilla.
Los vahos resplandecen.

Rayo de paraguas,
los hongos se yerguen desleídos.

Cerramos la puerta y el techo,
la lluvia ya amedrenta la buhardilla.
Seremos ojo en la tiniebla
como el cíclope aquel
que no fue bueno.

Prendemos una vela y las cortinas
para desecar, animales insensatos,
nuestra lluvia atemporal.

Llueve sobre los hongos negros,
el agua nos llega a los talones,
no hay remedio,
el escalofrío ha de cesar con las lenguas.

El cántaro

El agua se trasmina
e inquieta las manos.
Grial imaginado sanador de las heridas
que sucumben al aroma del unguento.

El agua verdea,
los lirios son la soga de un ahorcado.

La sequedad.
El consuelo son dos pupilas
que observan la humedad postergada.

Vacío,
el sol hará lo suyo.
La grieta y su anuncio de fragmentos.

El violonchello

Los he observado pautar su mutación. Acunan su voz entre las piernas, sólo resumen de curvas. Madera. Acarician el vientre hueco extasiados con el olor de la linaza. Aspiran, funden sus dedos en las cuerdas y estallan transfiguración.

Son arpeggio. Pentagrama materializado en el viento.

Nosotros, los silentes, agriamos la leche de nuestro canto. Los ojos se ahogan. La brevedad del silencio. Nosotros, carentes, devoramos la tinta y yacemos en las cuevas.

La rana

La niña del fango
evoca el signo oculto de los cuentos.

Anca abrigada,
bajo el estanque
ondula su vestido de limo:

Las princesas
son legañas de los muertos.

Llueve.
Croa la piedra
para robar el canto de las gotas.

El pescado

Ojo turbio recuerdo de las sales,
sí, hubo un tiempo
en que las escamas surcaban el agua.
Sí, ciertas ostras
guardaban en su entraña
el nombre verdadero.

La marejada de peces muertos
clama a las manos tamices de especies.

Ellos andan por las calles,
remedos de pólipos edificadores.
Ellos desconocen
el designio engarzado en el erizo.

Ojo turbio, observa los cielos desecados.
Piérdete en el estruendo de las voces
padece el viento de las aves
mientras un dedo hurga
en tu branquia izquierda.

La araña

Ocho alfileres tiene el silencio
para prender la trama
y la urdimbre de su lenguaje.

Ocho alfileres tiene el silencio
para tender el tálamo
donde furtivo amante ofrece
su mortaja de seda.

En el nido subterráneo,
en el pilar de la enramada,
en el vértice de los templos
teje un salmo casi imperceptible
para robar el color del polvo:

bajo el sol hilo estofado

bajo la luna tela de araña.

Teje,
sacia la sed con la lluvia,
muda la voz con el remusgo.

El camarón

Horadamos el fango
en busca de sentidos.
Las corazas se expanden,
se ciñen,
entintadas de fantástico.
Aquéllas, transparentes,
exhiben sus jugos infinitos.

Bajo el agua
los chasquidos circulan
entre las agallas.
Palpamos con las antenas,
insectos sumergidos.
Cualquier grieta es suficiente
para comer la descomposición.

Dioses terrestres
nos han nombrado frutos del mar.
Nos curvamos ante la sentencia
y por las noches
nuestros ojos primitivos
se azoran con la fosforescencia
de los seres pequeños.

Lo sabemos.
Dentro de la coraza
la carne es blanda.

El alacrán

Bajo las piedras
pulsa la savia de los muertos,
encrucijada
de claustros húmedos
guardianes del fuego.

Saboreamos el ajeno de los días
llamarada en las venas
asfixia del último judeo.

Sin luna
regresa aquel aullido
a emular el paso del tiempo.
Orión no tendrá estrellas.

Incendiados
reptaremos el camino
para dejar el indicio vehemente.

La sandía

La curva ofrece verdes
al golpeteo
de los dedos.
El eco llama,
hendemos nuestro afán develador.

A través de la abertura
las semillas,
augurio de la savia,
presienten el camino sinuoso
de los hilos rastreros.

Serán reflejo del vientre
abultado que las mece.
Por ahora,
breve anuncio del sonrojo
que alivia
las comisuras de la sed.

El nopal

Porque el sol no ha de extinguirse
las palmas
elevan súplicas entre espinas.

Claman ser origen
manos amorosas
con el águila que devora a la serpiente.

Sobre los cerros
se yerguen festivas
ante la ciudad lacustre.
Glifo en el estuco:
La sangre desciende.
En el esternón
palpita el narcótico miedo.

Las palmas verdes
guardan la voz
que no volverá a los altares.

Inmolan flores coloridas
en sus puntas,
el dios hambriento
las corona con tunas frescas.

El sol seguirá su camino.

La pera

Seducción del aroma presentado,
el deseo se recuesta bajo el árbol,
devora la flor que cae.

Contempla la piel, dulzor de pera.

En esta orilla
tendrás un nicho que calle las plegarias.
Tu ejército lunar no conoce
el terror de lo incunable.

Otro muerde el fruto.

Nos queda
saborear el desaliento.

La rosa

Si te nombro
evocaré a los cinceladores
de tu imagen,
este andar
no basta para torcer
a la izquierda del laberinto.

Sofocados por enjambres,
elegidos por el verde purificador,
asiremos el tallo
en busca del estigma
—las espinas lampreas vegetales
succionan
poseen
desgarran—.

Queda devorar
los pétalos dulzones
de nuestra marchitez,
laberinto-oído
nave de los vientos.

Cruzaremos las miradas,
el calor pospuesto,
para embriagarnos
con el aroma hasta la náusea.

El árbol

El-árbol-que-abriga ha escrito un verso. Me permite asomar al pozo de agua. He recordado otros pozos donde el reflejo era el mismo. Ahí, superficie inquebrantable, la luna entona su canto de sudario. El agua llama, mis oídos son sordos. He imaginado el fondo de aquel pozo, de otros pozos; pero el miedo corrompe los deseos y nos deja —niños testarudos— en el borde cincelado del vacío.

El-árbol-que-abriga me mira de soslayo. Comprende y atrapa el nombre incunable. El ácido afán de lo imposible.

Abajo, las voces son ondas perfectas sobre la superficie. El pozo no sacia la sed del caminante. Lo miro de soslayo, me resta imaginar las pieles verdes de los ahogados.

El valiente

Ahí
donde la celeridad
es la comunión,
vértigo en los nudillos
la piel se abre.

Ahí,
donde ahuyentas el terror
de los días y veloz te elevas
como un pájaro extinto
memorioso de su cuerpo deleznable.

Ahora yaces
y heredas tu rostro encerado
a los ojos que se entornan
con tu ausencia.

Guardaré en una caja
tu rauda sombra.
El viento espira tu nombre.
Ahí,
los caminos son azules.

El soldado

El miedo escarba silencios en las piedras.
Los ojos no olvidan,
enarbolan el metal y su gatillo:
los senderos son polvo de exiliados.
Los ojos,
horizonte que guarda el secreto de la arena.

Están las fogatas,
la infusión de hierbas
y los panes que germinan
sobre leños ardientes
testigos del infierno
que surca los aires
en busca del blanco errado.

Cuentan los viejos
que bajo la tierra duermen fauces
vibran
y arrancan a los hombres
para teñir las dunas.

A lo lejos
las torres custodian cúpulas doradas:
cruz lunamedia estrella
y un dios sonrío
como los locos, babeantes,
que se alejaban en las naves.

Los ojos recuerdan
el sabor de la sal en los senos de la madre,

aquel pueblo de infancia
es ahora un solar de ruinas
y falanges.

La noche y su mundo de fragmentos
anunciarán la orquesta de gusanos.

Y contarán los viejos
que de los ojos de un niño
surgió el azul de un cielo
que jamás será estrellado.

El catrín

Mínimo homenaje a Federico García Lorca

He visto la esponja gris que aguarda seca
en el puerto del rey lagarto
y los senos mutilados vertiendo estrellas.
Llueven peces,
bendito el que se enamora de los muertos
y se arrulla con la nana de su tinta.

Háblame del agua en el vientre
y de los niños-musgo en los aljibes de tu tierra.
Háblame de cítricos,
del verde suicida,
del coral que silenció la luna de tu frente
para que nunca tu cabello
durmiera en mis manos.

Mudos los negros, mudos los gitanos.
Los grillos se encienden,
mas el caballo azul
jamás ha galopado.

La dama

En sus soles
extiende los elementos sobre la mesa
deja que la humedad dibuje un gesto
y aguarda la voz que calcina.

En sus noches
observa la acequia
donde el agua
 remisamente corre.

Ella, la que imagina papiros ocultos
en la cuenca de las momias,
la que guarda el sonido de anémonas
en el vientre y llena
con cera de abeja las ausencias.

Cálamo currente
que se esconde entre líneas,
ella, la dama del espejo.

El músico

Pauta los hilos redes
quien sueña con engarzar
el verdor de la aceituna,
la umbría de los abuelos
las cúpulas de las almenas.

Ladronzuelo del silencio
te pondrá una gargantilla al cuello
un aderezo de arpegios
una cuenta de obsidiana.

Sus manos serán la dulce asfixia
hasta que el aire, asibles notas,
vibre transformado en el plexo.

El borracho

Mínimo homenaje a Edgar Allan Poe

El agua profunda fluye en los ríos subterráneos. Has develado el reflejo de su cauce; tu mirada, húmeda de tristeza, busca en el bermejo de la botella. Agua densa.

Diminuto, bajo el cosmos presentido, hablas con los cuervos del azul que esconden bajo las alas. Agua negra. El horror tintinea: campana o cascabel. Mas la luna sedienta se bebe el ensueño.

La tierra fosforece, se escuchan cantos en la ciudad sumergida. Agua hielo. Abres las compuertas. Nos queda seguir tus huellas en el fango.

En las paredes todos duermen.

La corona

La mano invisible
traza blancos y negros,
nuestra historia se esconde
en la diagonal del alfil.

El peón arde
—en la torre nadie escucha el latido—,
el alfil negro se postra,
—la madera guarda hazañas que nadie escribe—.

Caballos blancos al galope
se acercan.

Tirada del jugador furtivo.
Al norte los jinetes,
al sur, las manos sin respuesta.
Los alfiles se observan:
 mírame a los ojos
 devora su tristeza.

Fuego en la torre blanca,
la reina sube los escalones,
nadie se corona.

Sobre el damero
el rey contempla su imperio de pavesas.

El diablo

En sus pupilas rielan los siglos
y lo venidero aguarda con gula de silencio.
Él parte, viajero sin osamenta.
No hay cerdos ni cabras ni pezuñas,
la piel no sangra llamarada.
Tampoco verdea viscoso limo,
la ligereza del miedo no tiene color.

Sobre las ciudades
flores-enjambres de un azul indescriptible.
Abajo, la tierra, sol blanco de sequía.
Abismo,
alguien ha de guardar el secreto.

Él parte, murmullo de las huestes
que olvidaron las formas,
sabor a despeñadero,
arcángel de alas rotas.

La sirena

Voces saladas, la belleza es un cristal.
Las ondinas tejen sargazos en el esternón del ahogado,
no basta nudo y mástil
ni el olvido de los cuentos
ni los cirios y su cera,
ellas cantan su locura, navegante:

ciudades sumergidas donde duermen
el coral y la perla,
pecios que arrullan astillas
y consuelan al pez ciego.

La luna atenta,
cantan los senos de la hiel:

navegante,
el misterio del agua se refleja
en el espejo de la escama.

El corazón

Sístole, en la oscuridad
los sonidos rezagados son tremor de venas.

El latido incauto escurre
cuando la voz —del que no te pertenece—
calla. Se esconde en el aroma
de las manos pequeñas, late azucarado,
y se sueña volcánico en un territorio
de arterias dispuestas
a la imposibilidad del ritmo.

Los rojos se corrompen, el latido
es sordo en el cauce espeso.

Cuando seas corazón cansado,
coagulo silente,
dibuja el rostro de los muertos
en la grieta de la luna.

El sol. La luna

En el rostro de Num, el cielo, el ojo bueno y el ojo malo observan. Ojo-bueno: el destello en la ventana, el oro de la cosecha, la sonrisa en el rostro del agua. Ojo-malo: reino de mareas, hielo de la locura, el jirón del espectro.

Los ojos guiñan entre nubes a las aves migratorias. Solos, llueven nostalgia fértil a la tierra. Y siguen nuestros pasos, leen nuestras letras y cuentan los escalones de los monumentos. Lúdicos, dibujan claroscuros en el orden de las cosas para provocar la imaginación.

Ojos dioses (mortales mas longevos). De día o de noche el rostro de Num es tuerto.

LA VOZ DEL POZO

[...]

1

Tomamos una hoja, la doblamos una vez, dos. Racimo de dobleces. Los pliegues se esparcen robando la forma al espacio. ¿Cuántas figuras arrojamos en la caja? Cuantas sea necesario hacer.

Las papirolas atrapan los recuerdos; no se rían, esto es cierto. Sólo el polvo de la costumbre es capaz de velar las verdades.

La papirola del rebozo de colores —picaba, era de lana—, el mostrador con vitrina preñado de dulces —escoge el que más te guste—; el sabor en la lengua del azúcar infantil.

Las personas parten, es inevitable. Pequeños ladrones.

•

Las estrellas son emisarios gastados. Mas se empeñan en su misión.

Una vez más, Ella, se para junto a tu cama. Reconoces su rostro invisible. Te afanas en la estufa porque dicen las abuelas que ciertas especias la ahuyentan.

Pero te has vuelto a dormir, estúpida, has dejado que su mano acaricie tu mejilla. Te despiertas con la estocada en el vientre, que no es tuya, no es tuya.

2

Ella volverá, la descarnada, y con una sonrisa dará el aviso. Tonta, tonta, las personas tienen que irse, los perros tienen que irse y el pez anaranjado sale de su pecera porque las escamas también han de irse.

Olvídalo, debe ser la tarde que se te ha metido escarbando el presentimiento.

•

La ternura es perversa. Acaso porque acaricia sutilmente la lástima. Sentimos ternura por la muerte, como el niño se enternece con su madre. Ella, la muerte, es la madre, la que camina todos los días junto a tu sombra. Perturba tus sueños, mas también te deja caer en las profundidades del no consciente.

El estigma es de todos.

Algunos lo observan fascinados, morbosos.

Este mediodía es incierto.

•

El polvo tiene sus respuestas. Ciertos días la fragilidad de las cosas muestra su rostro feroz. Somos instantes amalgamados, frases tras las puertas, llama amarilla temerosa de una boca siniestra.

Bajamos la mirada. Lo inevitable no escapa. La gente parte, se quiebra, se deshace.

Nuestro dolor juega su última carta.

3

Hoy, la rutina se detiene. Sólo ella materializa el sentido que dibuja caminos en el páramo.

Allá afuera, universos infinitos nos hablan al oído. El asombro postergado. Esto, aquello, sólo es un juego donde alguien olvidó poner su apuesta; y no hay regla divina sino verdades inciertas.

•

La has visto, a Ella, preñar las células de un vientre estéril y multiplicarlas hasta el hartazgo. Madre de niños torcidos, madre celosa de todas las voces; con su hambre de alientos ha coagulado cualquier vestigio.

Las personas tienen que irse, y parten.

Ella le ha henchido el vientre, metamorfosis. Fría, muerta, yace verde, verde sobre la plancha del castillo de la inmolación.

Ella sonrío y no puedo escupir a un rostro invisible.

4

Cierran la puerta, no tiene caso tocar. Regresamos el camino andado a saborear la ausencia. Al final, el pozo siempre abierto, profundo, oscuro y acogedor.

Hoy silenciaremos todas las imágenes. Sin fiebres, sin dolencias. Nos perderemos en la palabra. Polvo.

Polvo exhalan las voces de los muertos.

•

Márgenes infranqueables, guardianes del río. Te detienes, miras la otra orilla. Deseas robar el polvo que duerme en la ribera distante. Oteas a un lado, al otro. No existe el puente crujiente de fríos. Resta imaginar lo que no es nuestro.

•

Lo sospechan. Sí, el polvo tiene una oreja. Entonaremos el canto (pero en silencio). Alguien bajo los agapandos, bajo tierra, sanará el muñón de los días. Eso basta. Creemos.

5

Abajo. El pozo. He descendido al viejo recinto donde el silencio de otros días aguardaba en la memoria. Las paredes sudorosas, perdidas en su deseo de agua. Las fisuras han trazado nuevos continentes en la piedra. Otras palabras, otras voces.

•

Nadie eleva la mirada. La respuesta es limo que dormita, horizonte vertical, prisión del miedo. Quienes descienden lo hacen por voluntad propia: afán de escarabajo, Leteo primigenio o el crujir de las corazas.

Los días venideros serán polvo, limo.

•

Los arcanos se hunden en el fango, no hay mano que los rescate de la humedad que corrompe. Cuán odioso es el rostro de las piedras. La sensación es la flor roja que se acobarda cuando sabe que su momento es efímero: no es objeto del deseo, no es fuente del mismo.

6

Hundo las manos buscadoras en el limo. He encontrado la piedra azul de mis cuentos, un diario y su candado oxidado.

Ecos. Otros olvidaron murmullos en el pozo.

Mentira.

Son las gotas despeñadas, el miedo reverbera.

•

Me distraigo, resbalo y estos jirones se impregnan con los estertores del agua.

—Cómo odio extrañarte —susurra la voz. Ahora entiendo, de bruces, el sabor del desconcierto. —Yo lo odio más —hoy las perturbaciones no tienen color.

•

Las fechas se olvidan, son nada, números huérfanos en el calendario de dioses caprichosos. El pozo muere, calla. Algo escurre y un tremor en el fango anuncia la inundación.

7

La superficie del agua asciende. El laberinto del oído se inunda. Aspiramos: agua que nos llama, la muerte es blanquía. Los terrones ahora son cascadas. Flotan los objetos, antes secretos del fango. Asida a la piedra azul niegas tu sequedad.

Agua mortecina. La madre de los ahogados.

•

Una presencia:

Levita, acuática. La mortaja ondula, nube cruenta, muestra su rostro y crisca los dedos hinchados: Ella y ella, la verde que ha de partir, son una. Falsa Ofelia. El pozo nunca más remanso.

Parten, nadie ha de acompañarlos. Solos, en el umbral.

8

Y por primera vez el vértigo está en el cielo. He vuelto la vista, hacia arriba, al brocal del pozo: ya no veré su rostro.

La vergüenza y el remordimiento, que no la ausencia, azulean.

•

Los pozos siempre están abiertos, son caminos para descender al silencio. La vista siempre escapará al vestigio de cielo que asoma por la bocamina.

Jamás debeles la ubicación del pozo; alguien se acercará, furtivamente, a arrojarte piedras. Abajo, no hay techo imaginado.

Al final queda la posibilidad de mudar los subterráneos.

El polvo absuelve, nunca olvida.

9

Al amanecer abrimos los ojos, y no comprendemos por qué la luz se escapa y el azul corrompe nuestro pulmones.

Las voces de los niños, los versos de otro, el sabor recordado de una tarta vieja.

Nadie logra acostumbrarse del todo.

•

Existe la certeza cuando, despiertos, observamos furtivos el vado. Imaginamos el descenso tentados por las fauces del pozo. Mas sólo a ratos somos insomnes que deambulan entre los árboles.

10

Trozo encontrado en la torre:

Aun los grabados que ocultan lenguajes, los relieves intrincados, aun los frisos en el mármol agorero de otros días, se desgajan con el viento.

En el polvo queda la memoria, el mismo polvo que nos provoca espasmos en el esternón. Se acumula, se yergue en grandes dunas que con el tiempo se convierten en fósiles frágiles de una historia nunca contada.

Los finales son piedritas, pequeñas, irremediables. Esas piedritas que, a veces, duelen.

•

Las fechas guardan el símbolo raído de nuestra historia. Quedará pendiente el olor de la manzana, el clavo y la canela. No tendremos más tardes de tazas compartiendo la dualidad del café y las hierbas.

No tendré que recordar el auricular: nadie descolgará tu bocina.

11

Los pozos jamás se extinguen, sólo yacen ocultos, con las entradas tapiadas por manos invisibles. Tendremos amontillado y el eterno cascabel del que ya no sonrío. Arrumacos de gatos, escarabajos, y las mujeres que se quedan innombrables detrás del umbral.

Hubo un lugar bajo el mar, ya no tiene importancia.
Otros recogerán las palabras que grazna el cuervo azul.
El péndulo se detiene. Silencio.

Índice

EL SUEÑO DE LAS LARVAS [•]

Primero	9
<i>Memento mori</i>	10
Los gusanos viejos	11
Canción de cuna	14
La muerte niña	15
Migración	16
El-que-sueña-cuevas	17
El elegido	19
Habla el elegido	20
Ofelia y los gusanos	21
Habla Ofelia	23
Migración II	24
Despedida	25

EN LAS PAREDES TODOS DUERMEN [••]

La escalera	29
El tambor	30
Las jaras	31
La campana	32
La botella	33
El paraguas	34
El cántaro	35
El violonchello	36
La rana	37
El pescado	38
La araña	39
El camarón	40
El alacrán	41

La sandía	42
El nopal	43
La pera	44
La rosa	45
El árbol	46
El valiente	47
El soldado	48
El catrín	50
La dama	51
El músico	52
El borracho	53
La corona	54
El diablo	55
La sirena	56
El corazón	57
El sol. La luna	58

LA VOZ DEL POZO [•••]

1	61
2	62
3	63
4	64
5	65
6	66
7	67
8	68
9	69
10	70
11	71

El sueño de las larvas, de Erika Mergruen
se terminó de imprimir en la ciudad de México
en junio de 2006, con un tiraje de 300 ejemplares.



9 789685 766135

ISBN 968576613-4

En el rostro de Num, el cielo, el ojo bueno y el ojo malo observan. Ojo-bueno: el destello en la ventana, el oro de la cosecha, la sonrisa en el rostro del agua. Ojo-malo: reino de mareas, hielo de la locura, el jirón del espectro.

Los ojos guiñan entre nubes a las aves migratorias. Solos, llueven nostalgia fértil a la tierra. Y siguen nuestros pasos, leen nuestras letras y cuentan los escalones de los monumentos. Lúdicos, dibujan claroscuros en el orden de las cosas para provocar la imaginación.

Ojos dioses (mortales mas longevos). De día o de noche el rostro de Num es tuerto.



9 789685 766135

ISBN 968576613-4